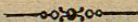


Sin embargo, primero han de venir abajo las obras del orgullo humano y han de apagarse las mil toberas por donde el siglo despidе su abrasado aliento de ulla, y han de cerrarse los palacios de la industria, que dejar de lucir la lámpara misteriosa que alumbra el santuario del arte: la llama del genio. Y cuando se hayan derrumbado todas las grandezas humanas que ahora son objeto de adoracion; cuando con estrépito vengán al suelo los monumentos de la soberbia que ahora se levantan amasados con lágrimas, las verdaderas obras de arte brillarán todavía en perpetua juventud, sobreviviendo á las mudanzas de los tiempos y á las injurias de los hombres. El espíritu ha de triunfar de la materia; han de brillar en todo su esplendor la verdad y la belleza.



CAPITULO XIII.

LA CARIDAD.—LA JUSTICIA.—LA SOCIEDAD.

I

Las sociedades antiguas no llegaron á la nocion del amor ordenado y fecundo. Para los griegos y para los romanos no habia mas que Grecia y Roma; los demas hombres eran indiferentes, extranjeros (bárbaros), quizá enemigos. Aun dentro de la culta Aténas y de la soberbia Roma, murallas de bronce dividian á las clases entre sí, mostrándose la esclavitud en todo el lleno de los horrores y de la miseria. Solo Dios por un prodigio de amor podia levantar la dignidad humana de tanta postracion, de tan profundo letargo. Y el prodigio de amor se hizo.

El mundo antiguo era una cárcel inmensa que tenia por alcaide á Satanás; la humanidad era cautiva; pudo venderse, y no pudo redimirse; mas vino el Redentor, y dió con su vida el precio del rescate. La aurora de la libertad irradió entónces en

las regiones del Oriente; las cadenas del esclavo se rompieron; reivindicó la mujer su dignidad perdida; y el matrimonio y la familia y la sociedad dejaron de ser los elementos infectos del libertinaje, del despotismo y la anarquía; y el dulce nombre de *hermanos* resonó desde el uno al otro polo.

Consumada la obra de la redencion, promulgada y arraigada en los corazones la doctrina civilizadora del Evangelio, los hombres empezaron á tratarse como miembros de una inmensa familia; venidos de lejanas tierras, ausentes unos de otros por espacio de mucho tiempo, diversos en costumbres, y en traje y en idioma, pero oriundos de un mismo solar, hijos de un mismo padre, llamados con igual derecho á una misma herencia, comenzaron á darse cuenta de su vida y á comprender su destino. Todos los delirios de la India, todas las cavilosasidades de la China, y las especulaciones del Egipto y las filosóficas contien- das de la Academia y del Liceo quedaron muy detrás, á inmensa distancia de esta sencilla máxima evangélica: «*amaos.*» Los pueblos antiguos concebían el amor á los placeres, el amor á las riquezas, el amor al saber, el amor de padre, el amor de hermanos, quizá el amor á la patria; pero el amor á todos los hombres, aun á los desconocidos, aun á los moradores de lejanas tierras, ¿á

qué fin? ¿Qué lazo invisible los unía? ¿Amar el rico al pobre? ¿Amar el noble al plebeyo? ¿Amar el libre al esclavo? Las sociedades antiguas no hubieran entendido este lenguaje. Hé aquí uno de los puntos capitales que las distinguen de la sociedad animada por el soplo de vida del cristianismo: fundadas las primeras sobre la base del odio, tuvieron que vacilar y caer: fundada la segunda sobre la base del amor, se alzó robusta y magnífica, y sobrevive á todos los embates de la materia y á todas las tempestades de la iniquidad. Establecido felizmente sobre la tierra el reinado de la verdad, *quoniam Christus est veritas*, como dice San Juan, luego al punto se dejó conocer la belleza que de la verdad es compañera inseparable: y con la verdad y la belleza, con el *verum* y *pulchrum* apareció el bien, el mayor bien de los hombres sobre la tierra, *bona Domini in terra viventium* que creía ver el gran profeta y rey David: apareció la justicia, hermosa como la imaginaba Jeremias cuando llamaba al templo *pulchritudo justitiæ*; la justicia que da á cada uno lo suyo, que regula los deberes, que garantiza los derechos, que construye, en fin, sobre la base del amor todo el edificio social. La justicia en los antiguos pueblos paganos no podía pasar de ser una palabra sin sentido; solamente la filosofía estoica, madre del

derecho romano, se propuso definirla y explicarla. De entónces acá, tal vez no hay en el diccionario de las naciones un vocablo de que mas se haya abusado, un nombre que haya sido objeto de mas sangrientas calumnias.

Con amor ordenado y santo, impuesto como un deber, como el mas grato de los deberes; con la noción clara y perfecta de la justicia; con los tesoros de la verdad, abiertos y francos; con los manantiales de la belleza descubiertos y abundantes; con la ilustrada experiencia de los siglos, las sociedades actuales tienen todos los elementos apetecibles de reposo y de ventura; ¿por qué, pues, la ventura y el reposo huyen cada vez más de las sociedades actuales?

II

El amor del hombre, hemos dicho en otra ocasión, se agranda en ondulaciones: primero el individuo; luego la familia; despues la patria; mas allá la humanidad entera; el amor en cada una de estas esferas ha de ser ordenado y racional: si carece de estas condiciones, puede producir perturbacion y riesgos de trascendencia. Examinemos. El amor personal, el amor con que á sí propios se aman los hombres en la época presente, ¿es racional y ordenado? No hay que esforzar mucho el ingenio, ni llevar á largos términos la

investigacion para comprender que el egoismo es una de las enfermedades crueles que atormentan á la sociedad: el egoismo es cabalmente una mala direccion del amor; es la reconcentracion en el individuo de los afectos que debieran irradiar hácia los demás. El egoismo llevado á cierto extremo, del cual no dista ya mucho, es el signo mas evidente de decadencia moral y de empobrecimiento científico; el egoismo cierra los caminos á dos hermosas virtudes por las cuales los individuos son ilustres y las naciones son grandes; á la abnegacion y al patriotismo: y aquellas sociedades en que no hay abnegacion, y aquellos países en donde no arde la llama del patriotismo, son cementerios de vivos, cuerpos sin calor y sin vida: merecen lástima. El egoista reduce el mundo á las proporciones de su estatura, y ve hundirse el mundo en la lobreguez de su sepulcro: ¿qué le importa del progreso? ¿Qué le importa de la humanidad? Vivir, medrar, satisfacer sus apetitos y sus vanidades; hé aquí todo: un pueblo de egoistas, es lo que mas debe parecerse á los operarios de la torre de Babel despues de confundidos los idiomas: cada individuo habla su lenguaje, el lenguaje de sus deseos; y todos á la misma vez trabajan y se agitan; y todos en la obra perpetuamente comenzada y perpetuamente arruinada del orgullo humano.

Y no obsta á la exactitud de este símil la eterna gritería del demagogismo, que á nombre de la fraternidad quiere llegar al principio del fin, esto es, al aniquilamiento de todo orden, de toda disciplina y de toda autoridad. La fraternidad demagógica no alcanza mas que á los hermanos *desheredados* de las riquezas; puede considerarse como una inmensa conjuración de los que quieren ser tiranos contra los que mandan sin serlo; porque es de notar que cuantas veces se pretende mover las masas á nombre de la fraternidad, hay el deseo de que la fraternidad se ponga en acción para algo parecido á lo de Cain: siempre hay Abeles cuya sangre caiga sobre la tierra. ¿Cómo ha de ser esta la fraternidad cristiana? Dios quiere á los hombres hermanos entre sí, hermanos todos; quiere que los que mandan manden con amor, y con amor obedezcan los súbditos, y con amor socorra el rico al pobre, y que el pobre sirva con amor al rico.

III

¿Y por qué ha de haber ricos y pobres?—prosigue preguntando el demagogismo nivelador. Por lo mismo que hay plantas altas y bajas en el campo, y á todas alumbra el mismo sol y riega el mismo rocío: y ¡ay de las plantas bajas si no exis-

tieran las altas á cuya sombra viven, y por cuyo influjo reciben las benéficas emanaciones de las nubes! En el admirable y divino plan de la redención del mundo y de la sociedad cristiana, los pobres reciben tan alto honor, que las sociedades antiguas hubieran retrocedido avergonzadas y confusas si hubieran podido escuchar y comprender las profundas palabras *Væ divitibus*, y las máximas relativas á los pobres, de que está lleno el Nuevo Testamento. Los judíos no conocieron al Mesías, por cuanto pobre y abatido; Jesucristo, pobre en su nacimiento, pobre en su vida, pobre en su muerte, rodeado de pobres, instituyó, puede decirse, una Orden gloriosa que á todas sobrepuja en excelencia; la Orden de los pobres de Jesucristo, la augusta milicia de los que vinculan su amor en mas alto objeto que los intereses de la tierra.

Bien se comprende que en las épocas en que la materia predomina, en que la riqueza, manantial de los goces mundanos, es ídolo ante el cual se arrodillan las generaciones, los pobres han de ser considerados como excrecencia inmundada, como triste borron que afeé el cuadro de las venturas humanas: y de aquí el inventarse ó desenterrarse las mas extrañas teorías acerca del pauperismo; de aquí el multiplicarse los sistemas para regular el derecho de propiedad, y aten-

der á las clases que llaman desheredadas: de aquí, por último, la amenaza constante de los que no poseen contra los hermanos que poseen. ¿Qué hay de cierto en todas estas declamaciones? Hay de cierto que los enemigos de toda autoridad, víctimas del orgullo que los ciega, se levantan contra el que puede más, y contra el que sabe más, y contra el que tiene más; resulta que para realizar estas revoluciones contra los que tienen más, hay que explotar la desgracia de los que no tienen, halagarlos con frases mentirosas, hablarles de derechos imprescriptibles que no pueden comprender, y de participaciones á que no deben renunciar; armar quizá su brazo para que sirva de instrumento á la ambicion impaciente y á la codicia insaciable. «Queremos una sociedad sin pobres,» dicen los novadores de nuestros dias; y los recogen de las calles y los recluyen donde el mundo no los vea, donde no turben con su desnudez y su miseria las locas alegrías del gran festin social. ¡Inútil empeño! Los pobres de Jesucristo esparcidos en el mundo, llamando á las puertas de la caridad ó viviendo bajo la sombra de piadosos institutos, cumplen un destino providencial; son explícita y viva condenacion de los extravíos del siglo, y piedra de toque donde se prueban los mas nobles afectos y las virtudes mas altas. «Cuando hagas un convite, dice el Evan-

gelio, llama á los pobres, á los débiles, á los cojos y á los ciegos, y serás feliz, porque no tienen retribucion que darte; se te retribuirá en la resurreccion de los justos.» El bien sin retribucion material; el bien callado y silencioso; la caridad que ve en el pobre á Jesucristo y que aspira á mas alta recompensa que el aplauso de las gentes, es fruto que no se conoció en las sociedades paganas, y que solo se logra en el campo de la sociedad católica regado con lágrimas de amor y de ternura.

«Seréis dioses,» dijo á los primeros padres el espíritu tentador: «*seréis ricos,*» dicen á los pobres los que sobre el pedestal de los pobres quieren fundar su riqueza: «*seréis ricos,*» y los arman primero de engaños y de ilusiones, luego de odio, y á lo último de hierro y fuego: «haced guerra á una sociedad que se harta mientras tenéis hambre, que se cubre de oro y púrpura mientras pereceis de frio en el invierno y sufris en el verano los rayos del sol sobre vuestras desnudas carnes: luchad con vuestro destino que es injusto: acometed la conquista de vuestros derechos y de vuestro pan.» Esto dicen los genios aviesos de la revolucion, explotadores de la miseria: ¿y qué sucede? Que cuando alguna vez las pobres masas se han dejado seducir por tales halagos y se han lanzado contra la sociedad, no han hecho mas que

destruir los elementos mismos de que ántes vivian, enriquecer á los astutos seductores, que no estuvieron á su frente en la hora del combate, y quedar mas pobres y mas desnudas y mas abyectas que ántes. Si hay una impiedad mayor que la de arrebatarse al rico lo que tiene, es la de arrebatárselo por la mano descarnada de la pobreza, haciendo á la misma vez del rico un pobre, y del pobre un malvado. Solamente los pobres malvados son repugnantes para todo corazon recto. Los pobres dignos y resignados que tienen puesta el alma en otros tesoros, en los tesoros únicos capaces de llenar el alma por completo, merecen nuestra simpatía y aun nuestra veneracion: de ellos puede decirse con toda solemnidad: *bienaventurados los pobres*. No los arrojéis de vuestros Estados, legisladores de la tierra: no creáis á los utopistas que consideran á los pobres como una mancha de la civilizacion, como una deshonra de los pueblos cultos: no lo creáis; los pueblos cultos se deshonran haciendo pobres, pero no socorriendo á los pobres y tratándolos como hermanos en Jesucristo: aquellas sociedades en que no se oye absolutamente la voz debilitada que pide *por amor de Dios*, suelen oír con frecuencia la voz aterradora de las tempestades populares que pide por amor de la fuerza. No arrojéis á los pobres de vuestros Estados; no

os negueis el gozo inexplicable de ver á vuestros hijos alargar la inocente mano con el óbolo de la caridad para el pobre de Jesucristo: las bendiciones que pide para vuestros hijos el pobre cuyas lágrimas enjugais, son prontamente concedidas en el cielo; porque los pobres cristianos son poderosa influencia para el Padre de las misericordias.

IV

Sobre la base del amor y de la justicia se levantan las sociedades y se cumplen los grandes fines de la humanidad.

Desde el momento en que Dios, creadas todas las cosas y colocado Adam en el Paraíso, dijo: «no es bueno que el hombre esté solo,» y le formó una compañera, y el hombre y la mujer se amaron con amor intenso, la sociedad doméstica comenzó á existir; la familia, arraigando en el mundo moral, comenzó á elevarse lozana y vigorosa para cubrir un día con su sombra á todas las generaciones de la tierra: fúndase, pues, la existencia de la familia en el derecho natural que otorga al padre un poder dulce y benéfico regulado por el amor, y merced al cual realiza los fines de bienestar y ulterior progreso en los hi-

jos. Pero, y los grupos de familias llamados naciones, ¿cómo se organizarán para que ningun derecho sea lastimado, para que el amor y la justicia no sufran eclipses pavorosos?

No pretendemos entrar en la cuestion del poder, dilucidada ya en multitud de volúmenes por los teólogos mas profundos y por los mas insignes profesores de derecho público; ni es ocasion de desenterrar las teorías de Rousseau, combatidas y relegadas ya al olvido por una pléyade ilustre de escritores católicos, ni hay por qué probar, con la autoridad de Santo Tomás y de Soto, Suarez, Bossuet y Fenelon, que las eternas cuestiones sobre autoridad, orden y libertad en que los hombres con tanta frecuencia se empeñan, son en su principio sencillísimas, y solamente logra complicarlas y convertirlas hasta en bandera de colisiones sangrientas el espíritu de soberbia que en mala hora aparta las inteligencias del camino de la verdad, y los corazones del camino del bien.

El origen *divino* del poder social, ó sea el *derecho divino*, es constante piedra de escándalo de la escuela revolucionaria, que no quiere ó no puede tomarse el trabajo de meditar en el valor intrínseco de la idea y hasta en el valor de las palabras.

Entiende el vulgo de los hombres políticos por

derecho divino de los reyes y por reyes de derecho divino una especie de delegacion del poder hecha por el mismo Dios en la persona de los reyes; y partiendo de este supuesto amontonan errores sobre errores, hasta formar una montaña que el soplo de la verdad derriba fácilmente: *non est potestas nisi à Deo*, toda potestad viene de Dios: *per me reges regnant*, por mí reinan los reyes: ¿qué quiere decir esto? Hé aquí la respuesta del sabio Belarmino: «La potestad política considerada en general, no descendiendo en particular á la monarquía, aristocracia ó democracia, dimana inmediatamente de solo Dios, pues que estando anexa por necesidad á la naturaleza del hombre, procede de Aquel que hizo la misma naturaleza del hombre. Además, esta potestad es de derecho natural, pues que no depende del consentimiento de los hombres; dado que, quieran ó no quieran, deben tener un gobierno, á no ser que deseen que el género humano perezca, lo que es contra la inclinacion de la naturaleza. Es así que el derecho de la naturaleza es derecho divino, luego por derecho divino se ha introducido tambien la gobernacion; y esto es, segun parece, lo que propiamente quiere significar el Apóstol en la *Carta á los romanos*, cap. XIII, cuando dice: «Quien resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios.»